

en un vagón de tercera clase, y desfallecida de hambre, de fatiga y de frío, mecida por el movimiento del tren, cayó en un sueño profundo y nervioso.

El pasado había concluido para ella; se la presentaba el porvenir desconocido y sombrío.

XVIII

Negocios

Han pasado cerca de ocho meses.

La primavera de 1884 estaba en todo su esplendor.

El 8 de junio, próximamente á las diez y media de la noche, el gabinete del barón Mosés en su hotel del barrio de Saint-Honoré, estaba discretamente alumbrado.

El dueño estaba ausente.

Un criado de gran estatura, vestido de negro y con corbata blanca, se paseaba solo con las manos cruzadas á la espalda, y la cabeza inclinada, en la actitud favorita de su dueño, que se complacía en imitar, cruzando á todo lo largo la magnífica habitación.

Es fácil reconocer al primer golpe de vista á nuestro amigo de Luchón, el alto y corpulento corruptor de Arros, Próspero Lagrippe, en una palabra.

Una puerta medio oculta en la pared se entreabrió y una picaresca cabeza de mujer apareció en el hueco.

Era Sebastiana Picot, doncella de la ba-

ronesa de Mosés, antes Elena de Ville-dieu.

Sebastiana era una agradable morenita de unos veinte años, algo baja, pero muy proporcionada y apetitosa.

El normando la recibió cariñosamente, haciendola entrar y acariciándola la barba con la mano.

—¡Oh! señor Próspero, ¿y si vienen?

El normando dejó oír un gruñido de desprecio.

—Déjame á mi, que sé muy bien lo que tengo que hacer. Todos los herejes están en la Opera y no volverán hasta las once. A propósito, no me has dicho lo que venías á hacer...

—¿Yo?

—Sí, tú; me parece que tu sitio no es éste, este es el gabinete del gran señor. Va á celebrarse una reunión... de negocios.

—Precisamente mi señora me ha dicho que su marido iba á asistir, y que ella iría sola á la Opera.

—¡Oh! sola.

—Es decir, con...

—¿El señor de Causседé?

—Sí.

El normando se apoderó de una de las manos de la doncella, que estrechó con cariño entre las suyas.

—Mira, mira Causседé, ese si que se pierde de vista. Me parece que está arrullando á su linda prima, ¿no te parece á tí? en confianza...

Sebastiana no se mostró tan mal intencionada como Próspero se esperaba.

—Te aseguro que no—dijo.—Y, verdaderamente, su marido maldito el caso que hace de ella; si yo estuviera en su lugar, ya me buscaría compensaciones por otra parte.

—De manera que la señora.....

—Nada, nada; la señora se conduce muy bien, muy bien.

—Demasiado bien, en tu opinión—in-sinuó Próspero.

—¡Casi, casi! Su primo el señor de Caussedé no es más que un amigo para ella.

—Bueno. Después de todo, no me importa... Y ¿vienes de su parte?

—De su parte precisamente, no.

—Entonces, ¿qué quieres?

—¿Vas á tener formalidad?

—Por muy formal me tengo.

—¿De modo que te lo puedo decir?

—Sin duda.

—Pues vengo á traer una carta.

—¿De quién es?

—No lo sé.

—Enséñamela.

Sebastiana sacó un sobre satinado y se lo dió á Próspero, que lo examinó con atención.

—Bien, bien—dijo;—la carta viene de Lisboa y conozco la letra; debe ser de la señora Dantenac.

—Me lo figuraba.

La dirección estaba puesta así:

«Señor barón Jacobo Mosés, en la banca Mosés, calle Drouot, París.»

Y de un modo muy visible:

«Personal.—Urgente.»

—¿De dónde la traes?—preguntó Próspero.

—El señor de Caussedé estaba en casa de mi señora, que acababa de pasar á su tocador, cuando trajeron tres cartas. El marqués las examinó, y llamándome me dijo: «Toma, Sebastiana; harás muy bien en llevar esta carta á tu señor. Te quedará agradecido. No es preciso que tu señora la vea... Que seas discreta, porque la discreción es una virtud». Puso la carta en mi mano y... aquí está.

—¡Oh!—se dijo él murmurando—¡tenía yo mucha razón al pensar como pensaba! Viene muy á menudo á Paris Matilde.

Y añadió en voz alta:

—Has hecho bien. El señor de Caussedé es un buen amigo. ¿De modo que buscas á tu señor?

—Sin duda.

—¿Y vas á esperarle?

—¿Vendrá?

—Es seguro. Esta noche hay gran consejo.

Y mirando al reloj:

—Ya no puede retrasarse mucho, van á dar las once. Los cocodrilos están en marcha.

—¿Los cocodrilos?

—Sí, así llamo yo á los compinches del barón.

Como se ve, el normando era muy poco respetuoso con sus señores.

—Próspero, ¿no podrías encargarte de entregar la carta?

—Con mil amores, hija mía.

—Entonces, tómala.

—De modo ¿que me dejas? —suspiró burlonamente el factotum.

La joven se disponía á marcharse.

El normando la despidió, deslizándose en su oído palabras que no la escandalizaron más que á medias, porque la joven se echó á reír, contestando con tono evasivo:

—Bueno, bueno... más adelante... ya veremos. Buenas noches.

Y la joven, separándose de Próspero, que trataba de abrazarla, salió corriendo por una puerta lateral.

Una vez solo el tunante, se puso á volver y revolver la carta entre sus gruesas manos.

De pronto se vió interrumpido en sus reflexiones por un ligero ruido que se dejó oír en la puertecita del gabinete.

Llamaban, dando tres ligeros golpes.

—Un iniciado—pensó el ayuda de cámara, que se apresuró á abrir.

Un hombre de mediana estatura entró, con el sombrero puesto, inspeccionando un momento el gabinete con sus anteojos de oro, y dijo á Próspero, que permanecía impassible delante de él:

—Como de costumbre, soy el primero en llegar.

—Sí, señor barón.

—Sin embargo, ya es la hora.

—Son las once exactamente, señor barón.

—La exactitud en los negocios es de rigor, pero la nueva escuela se burla de las reglas.

Y tomó asiento en el sillón que el normando acababa de abandonar, desabrochándose el gabán y extendiendo sus piernas delante del fuego.

—Si acaso me duermo, haga el favor de despertarme, amigo mío.

—Bien, señor barón.

Próspero le contemplaba de cuando en cuando con un desprecio imposible de pintar, diciendo:

—¡Viejo fullero! ¡Y pensar que se van á reunir aquí lo menos una docena de ese calibre!

Era cierto.

Poco á poco; el gabinete se fué llenando silenciosamente.

Cinco ó seis hopalandas, grandes y tupidas, fueron apareciendo.

La hopalanda es la prenda reglamentaria de estos riquísimos bandidos.

Los recién llegados cambiaban unos con otros amigables apretones de manos, de un modo especial, como si se tratara de signos cabalísticos, ó de reconocimientos de afiliados de sociedades secretas, pero sin cumplidos, tuteándose como bohemios que hubieran comido muchas veces en el mismo figón.

El último que apareció fué el barón Isaac Mosés.

Próspero seguía esperando las instrucciones de su amo.

El barón le invitó á desaparecer con un signo.

Cerró las puertas para evitar que nadie pudiera molestar á los reunidos y se eclipsó por la disimulada salida que había utilizado antes la doncella de la joven baronesa, antes Elena de Villedieu.

Los cocodrilos estaban solos.

Ya podían hablar con libertad.

El barón Isaac se instaló en su sillón con autoridad de presidente.

Nadie hubiera podido disputarle la superioridad.

Saludó cariñosamente á sus colegas; pero se le veía que no estaba muy satisfecho.

Indudablemente había encontrado alguna espina entre las rosas.

El excelente Próspero lo había comprendido. De una sola ojeada se dió cuenta del estado de ánimo de su señor.

Desde que le vió entrar en el gabinete, el normando había pensado:

—Está la cosa que arde.

Las cerdosas cejas del banquero se reunían en la frente, formando una profunda arruga; sus dedos nudosos y cubiertos de vello se agitaban nerviosamente.

La tempestad debía estar muy próxima. Y la agitación nerviosa del barón, no

podía atribuirse á la música que había oído en la Opera, porque había estado constantemente distraído.

Generalmente el barón pasaba todo el tiempo que duraba el espectáculo, en el foyer, con las bailarinas, ese centro babilónico semejante al paraíso de Mahoma ó al harén de un sultán falsificado.

El banquero era muy aficionado á aquel eden voluptuoso, donde los diputados influyentes, los ministros presentes y pasados y los grandes millonarios, acudían, unos á recrear la vista y otros á pasar el rato, gracias á las rentas que los contribuyentes, ese rebaño de eternos inocentes, les facilitaban para su goce y regalo.

El viejo Mosés, armado de una plegadera cincelada, reclamó el silencio dando algunos golpes sobre el tintero.

—Señores—dijo,—si he convocado á ustedes, es porque tengo que hacerles proposiciones en extremo ventajosas.

Desplegó un gran papel autografiado y se lo mostró á sus compañeros.

—Es una proposición de nuestros amigos de Londres y Berlin; un negocio colossal, en el que naturalmente podemos llevar una buena parte.

—¿Qué negocio?—preguntaron varios con los ojos inflamados.

—Un negocio admirable, seguro, fácil de ejecutar y sin riesgos.

—Bueno, ¿pero qué es?

—Un empréstito gigantesco; comisión

enorme, beneficio inmenso, que será tanto mayor, cuanto que una vez hecha la operación, podremos desacreditarla, crear el pánico y recoger la mayor parte de las cantidades que adelanten los suscritores.

—Al menos papá es franco—dijo Jacobo Mosés al oído de un barón alemán que tenía á su lado.—¿Qué le parece á usted?

—A mí me parece un sabio.

—¿Y por qué suma?—preguntó Salomón Staaf, conde del Papa.

—Doscientos millones, para empezar.

—¿Qué país?

—Un país soberbio, nuevo, que tiene aquí muchas simpatías.

—Pero en fin...

El viejo Mosés pronunció en voz baja, como si tuviera miedo de estropear el negocio, un nombre de la América del Sur.

Después de una ligera discusión, todos aprobaron sin reservas.

El negocio era magnífico.

Se distribuyeron los papeles, se hicieron las particiones según las reglas establecidas, atendiendo á la importancia de cada uno, y se acordaron todos los detalles de aquella bonita operación que debía arruinar á centenares de familias.

Jacobo Mosés se había quedado solo en un rincón.

Indiferente á todo, abandonaba el negocio por completo á su padre, y se dispuso á leer la carta que le había entregado Próspero antes de salir.

Aquella carta estaba llena de reproches cariñosos; era el grito desesperado de una pasión violenta, de un amor contrariado.

Decía así:

«Mi querido Jacobo:

»Muy pronto va á hacer tres meses que no te veo.

»En cambio tampoco he visto á mi hijo, y el destino se me va haciendo intolerable.

»Tengo tentaciones de escaparme. Me pregunto si no debo correr á la estación y marcharme en el tren para no volver más.

»¡Escucha! ¡Es necesario que te lo diga!

»Estoy celosa de todo lo que te rodea, de esa Elena que ha ocupado mi lugar, que puede verte constantemente, que tú amas... No digas que no. Esta idea me persigue y me irrita. Estoy celosa de las manos mercenarias que cuidan de mi hijo, y más dichosas que yo pueden abrazarle y acariciarle siempre que quieren.

»Allí, entre la fiebre de la vida de París, nunca había creído que pudiera ser tan desgraciada.

»No se tiene tiempo de reflexionar ni de pensar.

»Es necesaria la soledad, la calma, el alejamiento de los seres queridos, para comprender hasta qué punto nos son necesarios.

»Aquí me colman de atenciones, me hacen la corte, creelo, sin contar á mi marido, del que en verdad no puedo quejarme.

»El pobre, más que mi esposo y señor, es un esclavo sumiso y dócil.

»Mi frialdad debía irritarle, y aun no he sorprendido en él un movimiento de disgusto.

»Únicamente, después de mi último viaje, viéndome descontenta y sombría, me ha dicho en tono de dulce reproche:

»Tú no me amas, Matilde, puesto que estás tanto tiempo lejos de mí.

»Y como yo le dijera que esta ausencia había sido de ocho días, me contestó:

»Es que ocho días sin verte, son para mí una eternidad.

»Yo, incomodada, le dije:

»Eres exagerado en todo. No tienes ni mis ideas, ni mis costumbres, ni aun mi lenguaje.

»Por el pronto no me contestó nada.

»Pero, después de reflexionar un momento, me tendió la mano, y me dijo:

»Tienes razón, Matilde. Yo he sido educado de otro modo que tú. Ya trataré de corregirme, y ahora te pido perdón.

»En seguida me ha dicho que el negocio para que ha sido especialmente enviado á Lisboa, está en buen camino, y que según todas las apariencias se concluirá pronto, por lo que, sabiendo cuanto me gusta París, tratará de que volvamos pronto.

»Francamente, tiene muy buenas cualidades, y si mi corazón no te perteneciera por completo, me parece que concluiría por estar contenta con mi suerte.

»Pero ya es tarde.

»Comprendo que la fatalidad me ha condenado, á pesar de que usted, señor mío, no es digno de este amor y solo siento que me he dado cuenta de ello demasiado tarde.

»Pero nó te incomodes.

»Hablo así porque estoy despechada.

»No quiero ni podré querer á nadie más que á tí.

»No te asombres si me ves llegar un día de estos, de improviso, para sorprenderte.

»Quiero verte, y este deseo me acomete á veces con una intensidad que me vuelve loca.

»Hasta muy pronto, ingrato, que no me olvides.

»Recibe mil ardientes besos de tu

»MATILDE.

»Piensa en él y dale su parte cuando le veas.

»P. D.—¿Sabes lo que ha ocurrido en la familia de mi marido?

»Tiene tres hermanos, puede que lo recuerdes.

»El menor debía casarse con una joven de su país que asistió á mi boda.

»Me fijé en ella, y era realmente de una belleza extraordinaria.

»Ha desaparecido hace algunos meses y nadie tiene noticias suyas.

»No se sabe si está muerta ó viva.

»Mi cuñado está desesperado.

»Es una desgracia de familia.

»Ya ves que hay misterios en todas partes; en los pequeños como en los grandes, y no somos nosotros solos.

»Otra P. D.—¿Has notado que la pobre Raquel podría estar enamorada de alguien?

»Y ese alguien, ¿no podría ser tu excelente amigo Huberto de Causседé?

»Te lo aviso.»

Jacobo Mosés había concluido.

Guardó la carta en un bolsillo y prestó distraída atención á las discusiones de la banda.

Los cocodrilos estaban de acuerdo.

Terminado el infame arreglo, fueron separándose silenciosamente, una especie de salida de conspiradores.

Un momento más tarde, la puerta se cerraba detrás de aquella bandada de murciélagos.

No quedaban en el gabinete más que el padre y el hijo.

El viejo Mosés estaba cada vez más sombrío.

Con un signo invitó á su hijo á que se acercara.

—Esa carta que leías hace un momen-

to con tanta atención, ¿de dónde viene?

—¿No se lo figura usted?

—¿De Lisboa?

—Precisamente.

—Y ¿es de Matilde?

—En efecto.

—¿Qué dice?

Entre aquellos dos hombres se sostenía una lucha, había un secreto que uno quería conocer y el otro le ocultaba cuidadosamente.

El padre contemplaba al hijo con un violento deseo de penetrar su pensamiento.

Jacobo Mosés dejó escapar un gesto de impaciencia, que á decir verdad, no atestiguaba el mayor respeto para con su padre.

—Caramba—replicó—lo que me dice, lo sabe usted tan bien como yo.

—¿Qué, se aburre por allá?

—Y me parece que se puede creer.

—Por lo visto ha dejado aquí muy buenos recuerdos.

—Es posible. De todos modos, lo que le ocurre es que París la atrae poderosamente, cosa que sucede á todos los que han vivido aquí.

—Bueno, más adelante... veremos. No corre ninguna prisa.

—Sin embargo, si usted tiene interés por ella como me figuro...

—Ya lo creo que le tengo. No en vano ha estado á mi lado tantos años.

—Tanto más, cuanto que siempre ha

—dado pruebas del respeto y la sumisión... que debe á usted. Paris la atrae... ¿qué se le va á hacer? Es una cosa bastante natural.

—Sin embargo, me parece que no se priva de venir. Aún no hace seis semanas que estubo aquí...

—¡Dos meses, papá! Usted exagera. Bueno, sean dos meses.

—Y qué, ¿se lo reprocharia usted?

—Yo, no. Matilde es libre. Ese es un asunto que deben arreglar entre ella y su marido... Nosotros nada tenemos que ver.

—¿Es eso todo lo que tenía usted que decirme, papá?

—Todo. ¿Esa carta no dice nada más?

—Dos palabras referentes á mi hermana Raqué. Matilde se figura que Raqué siente una inclinación muy pronunciada por un joven.

—¿Caussedé?

—Precisamente.

La fisonomía del viejo Mosés se oscureció más de lo que estaba.

—La salud de tu hermana, me tiene con cuidado, Jacobo. Ese matrimonio sería el colmo de mis aspiraciones; pero dudo mucho en hablar al marqués... ¡Esperemos!

El padre envolvió por última vez á su hijo con su penetrante mirada.

Sin duda, Jacobo sostuvo el examen sin turbarse, porque el padre le dijo con cariñosa brusquedad:

—Está bien, puedes marcharte.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches.

Era cerca de la una de la mañana.

La puerta se cerró detrás de Jacobo Mosés, que se retiró cantando la famosa canción de Escamillo en la ópera Carmen:

«Toreador....»

El barón Isaac, una vez solo, siguió hablando consigo mismo:

—¡Se escriben! ¡La he alejado, y pugna por volver! ¿Qué pasa aquí? ¡Me parece que hubiera hecho bien en revelarles mi secreto!

El fiel Próspero entreabrió la pequeña puerta, y dijo en voz baja:

—Aquí está Brichard, señor barón.

—¿Brichard?

—Está esperando hace más de una hora. Creo que tiene que decir algo al señor barón.

Al oír el nombre de Brichard, el viejo Mosés se había sentado delante de su mesa y reflexionaba, agitándose nerviosamente.

Hizo una seña al normando, que al momento desapareció, y llamando á alguien que esperaba en la habitación inmediata, dijo:

—Pase usted.